

sio en Milán, sino envió también monjes á otros monasterios ya existentes para reformarlos. Con el tiempo se juntaron á la nueva reforma numerosos monasterios benedictinos de Italia, entre ellos Santa María de Florencia, San Pablo de Roma, San Jorge Maggiore de Venecia, San Polirone en el ducado de Mantua, San Severino en el reino de Nápoles, San Pedro de Perusa, San Prócuro de Bolonia, San Pedro de Módena, San Pedro de Glisiate en Milán y San Sixto de Plasencia. Al paso que en muchas otras partes las reformas monásticas fueron solamente efímeras, esta reforma de los monasterios benedictinos tuvo el privilegio de hacerse permanente (1), de lo cual es testimonio la brillante pintura que el dominico de Ulma, Félix Faber, que visitó á Santa Justina en el año de 1487, trazó del estado y progreso de dicha congregación. Faber acentúa también que el ejemplo de los benedictinos reformados influyó favorablemente en las demás Órdenes (2).

Otra nueva prueba de que, á la par de los corrompidos y aborrecidos de la reforma, se habían conservado también elementos mejores en los monasterios, que eran precisamente los que padecían mayor descrédito, nos la ofrece la consideración de los grandes predicadores de penitencia, los cuales casi sin excepción pertenecieron á las Órdenes religiosas.

### III

Estos predicadores de penitencia que, tanto en las grandes como en las pequeñas ciudades de la Península, hacían resonar incesantemente palabras de exhortación y de amenaza contra los vicios, son una de las más admirables manifestaciones de la Italia del Renacimiento. Lo que hicieron aquellos hombres para el me-

(1) «Katholik», 1859, 1360 s., 1489 ss.; 1860, 200 s., 425 ss. Dittrich, en el Hist. Jahrb. V, 320 s., donde hay todavía otras indicaciones bibliográficas.

(2) F. Fabri Evagatorium, ed. Hassler III (Stuttgardiae, 1849), 393. También un predicador de aquel tiempo, cuyo juicio es ordinariamente muy severo, dice: «Nonne videmus in hac vita multos religiosos et religiosas qui propter Deum mundum contemnunt, castitatem perpetuam et voluntariam paupertatem observant; quique rejecta propria voluntate usque ad sepulturam obedientiae praelatorum se submittunt.» Ant. Vercell., Serm. fol. 244.

joramiento de las circunstancias sociales, está todavía por explorar, pero lo conocido hasta ahora nos presenta su acción como reformadores de las costumbres, como políticos sociales y fautores de la paz, rodeada de una luz por extremo brillante. La poderosa impresión que hicieron en sus contemporáneos aquellos bienhechores y salvadores de los pueblos, estribaba principalmente en la conmoción de las conciencias. Su predicación se adaptaba de una manera admirable á las circunstancias de aquellos cuya enmienda pretendían; y con particular preferencia y energía suma, describían los múltiples castigos temporales que el pecado atrae sobre el pecador. Sin duda alguna era este argumento el más á propósito para conducir á la reflexión y á la penitencia á los hombres livianos y amantes del placer de la época del Renacimiento (1).

Así predicaron en aquel tiempo Bernardino de Sena (m. 1444), Alberto da Sarteano (m. 1450), Antonio de Rimini (hacia 1450), Silvestre de Sena (hacia 1450), Juan de Prato (hacia 1455), Juan Capistrano (m. 1456), Antonio de Bitonto (m. 1459), Jacobo della Marca (m. 1476), Roberto de Lecce (m. 1483), Antonio de Verceli (m. 1483), Miguel da Carcano (hacia 1485), Bernardino de Feltre (m. 1494) y Bernardino de Bustis (m. 1500). Todos los mencionados pertenecían á la Orden Franciscana, cuya principal misión ha consistido siempre en la conciliación de las oposiciones sociales; pero asimismo de las otras familias religiosas salieron no pocos celebrados predicadores. Entre los más notables hemos de mencionar aquí á los servitas Paulo Attavanti y Cesario de' Contughi; los dominicos Juan Dominici, Juan da Nápoli y Gabriel Barletta; al carmelita Bautista Panezio, y á los agustinos Aurelio Brandolino Lippi y Egidio de Viterbo (2).

(1) Burckhardt, Cultur II<sup>3</sup>, 239-240.

(2) A las indicaciones bibliográficas, hechas en nuestro primer volumen p. 144, not. 2, hay que añadir todavía: Tiraboschi, VI, 2, 422 ss. Gräszte, Lehrbuch der Literaturgesch. II, 173 ss. y Rossi, Quattrocento 102 s. Sobre las predicaciones de S. Bernardino de Sena, cf. O. Bracci en las Conferenze tenute n. R. Accad. d. Rozzi. Siena, 1895, y Arch. st. ital. 5 Serie XVII, 201 s., donde se señalan más obras, á las que hay que juntar ahora: Thureau-Dangin, Un prédicateur populaire dans l'Italie de la Renaissance: S. Bernardin de Sienna. Paris, 1896, y la crítica de Bracci en el Arch. st. ital., 5 Serie, XVIII, 415 s. Sobre Bernardino de Feltre, v. Grupp, en Hist.-polit. Bl. CXXI, 144 s., y la monografía de Flornoy. Paris, 1897, y además las observaciones que se hallan en los Anal. Bolland. 1897, 188 sq. Fuera de eso, Hain en Gräszte trae la lista de los sermones impresos. Es sumamente grande el número de los que están todavía inéditos, de los cuales posee una rica colección, especialmente

Apenas es posible imaginar otra cosa más conmovedora que las predicaciones de aquellos hombres, en las cuales se descubren sin misericordia los lados oscuros de la época, aunque no raras veces exagerándolos (1). La serie de los sermones, cuando se guardaba en ellos algún orden, solía acomodarse á los Mandamientos de Dios y de la Iglesia; y los pecados y vicios á ellos opuestos eran flagelados sin piedad, con ejemplos tomados de la vida común. Los argumentos se sacan las más veces de la Sagrada Escritura y los Padres de la Iglesia, y el fin de los predicadores es ante todo práctico. La instrucción propiamente dicha del pueblo en las verdades de la fe, se dejaba á los predicadores ordinarios y permanentes, al paso que los predicadores de penitencia se proponían ante todo la transformación moral de sus auditorios. La eficacia práctica era para ellos el principal objeto. Presentábanse en las ciudades en determinadas épocas, principalmente en la Cuaresma, y además sobre todo con ocasión de las graves contiendas públicas ó escandalosas enemistades privadas; cuando eran más terribles la falta de seguridad pública y la inmoralidad, ó reinaban enfermedades asoladoras. Con inflamado entusiasmo se consagraban á la conversión de los pecadores, á animar á los buenos y fortalecer á los que vacilaban; pero atendían asimismo á remediar los daños corporales, como se ve por la erección de las casas de préstamos. A las veces procuraban también algunos predicadores fomentar la devoción de algún Santo especial, como vemos que los dos grandes Bernardinos de la Orden Franciscana trabajaron con éxito para extender la devoción de San José (2). Para conseguir su fin se esforzaban ante todo aquellos misioneros por hablar de una manera comprensible y fácil de entender. Las narraciones tomadas de la vida común, las propias experiencias, ejemplos enérgicos y medios intuitivos, les servían para sujetar la atención; su tono era á veces de amenaza y castigo, otras veces de una conversación sencilla y amistosa con los

la *Biblioteca nacional de Florencia*. Los registros de muchas iglesias prueban con cuanto celo se predicaba; cf. v. gr. \*Nota de «predicatori che hanno predicato in S. Martino di Lucca de quali si è conservata la nota nell'Archivio de Signori Canonici dal 1406 ss.» Manuscrito de la *Bibl. de Lucca*. Volveremos á hablar por menudo de Egidio de Viterbo más abajo, y particularmente en el libro cuarto.

(1) Juicio de Güdemann 259.

(2) Beissel en las *Stimmen ans Maria-Laach*, XXXVIII, 284 s.

oyentes, á los cuales apostrofaban con frecuencia directamente (1); y cuánto se acomodara esta manera de predicar al gusto del pueblo italiano, lo muestra la concurrencia enteramente extraordinaria, así como el éxito de los más de los nombrados predicadores. Cuando ellos se presentaban, toda la ciudad y sus alrededores se ponía en movimiento, se cerraban las más de las veces todas las tiendas, y no siendo bastante capaces las iglesias para contener el número de los concurrentes, se elegían con frecuencia las plazas públicas. Apretadas hombro con hombro se aglomeraban las gentes á millares y aguantaban durante horas enteras, pues los sermones eran generalmente muy largos. De la predicación de Roberto de Lecce en Perusa, en el año de 1448, se refiere haberse hallado en ella 15.000 personas de la ciudad y sus alrededores, las cuales ya mucho antes tenían ocupados todos los sitios, y el sermón solía durar cuatro horas (2).

En las mencionadas predicaciones de Roberto de Lecce, en el año de 1448, se empleó un medio particularmente apropiado para conmover á los oyentes, ayudando al discurso con la presentación de vivas imágenes. Así entonces salió de la catedral de Perusa el Cristo cargado con la cruz, y á su encuentro María vestida de negro dirigiéndose luego la procesión hacia el lugar del predicador, donde se representaba la crucifixión y llanto de las pías mujeres al pie de la cruz, y finalmente, el descendimiento. El pueblo acompañaba aquellas escenas con llantos y sollozos. También se hace mención de otras semejantes representaciones usadas en su predicación por otros Franciscanos (3).

El primer resultado que conseguían los predicadores en breve tiempo, casi en todas partes, era que se pusiese en libertad á los pobres presos por deudas y se quemaran «las vanidades», esto es, los dados, barajas, máscaras, cabellos postizos, cédulas mágicas, imágenes indecorosas, libros y cantares mundanos é instrumentos músicos. Estas cosas se clavaban en un andamio puesto en una plaza pública, en cuyo extremo se solía poner una figura de

(1) Además de Burckhardt II, 240, cf. especialmente Torraca, *Rob. da Lecce*, en el *Arch. st. napolit.* VII, 151 ss.

(2) Graziani, 597 s. sobre la predicación de Roberto de Lecce. Cf. también la relación sobre la estancia de S. Bernardino en Perusa, en las *Cronache di Perugia*, ed. Fabretti II, 5 ss. é *ibid.* 68 s. sobre la predicación de Jacobo de la Marca.

(3) Creizenach, I, 313-314. D'Ancona I, 280 s.

demonio, y después se abrasaba todo. Con esto los ánimos más endurecidos acababan por ceder; los que había mucho tiempo que no se habían confesado, hacían sus confesiones, se restituían los bienes injustamente retenidos, se retractaban las palabras calumniosas con que se había perjudicado, y se practicaban obras de penitencia para reconciliarse con Dios. Hacia el fin de un ciclo de sermones, cuando los ánimos estaban ya poderosamente conmovidos, venía el orador á lo que según las circunstancias de entonces se consideraba como fin principal. Era éste generalmente, en las terribles luchas de partido á la sazón comunes, la reconciliación de los enemigos, y hacer que se renunciara á la venganza. Levantando en alto la cruz hacía resonar el predicador la exhortación á perdonar, condonar y olvidar; y los cronistas refieren de qué manera prorrumpla entonces la muchedumbre en llantos y lamentos, llenando el aire con el clamor de «¡Jesús, misericordia!» y se tomaban inmediatamente las medidas oportunas para restablecer la paz de que por mucho tiempo se había carecido. «Entonces tenían lugar aquellos solemnes convenios de paz y mutuos abrazos, aun cuando hubieran mediado ya homicidios entre las partes contendientes; y por ventura se había hecho ya de antemano que volvieran á la ciudad para aquel sagrado momento los que andaban desterrados de ella. Parece que aquellas resoluciones pacíficas (*paci*) se observaron generalmente aun después de haberse terminado la predicación, y entonces el recuerdo del fraile quedaba como una bendición en la memoria de muchas generaciones. Pero no faltaban tampoco feroces y terribles crisis, como la que medió entre las familias Valle y Croce en Roma, en 1482, en las que resonó inútilmente aun la voz de un tan gran predicador como Roberto de Lecce; mas generalmente los resultados que alcanzaban los predicadores de penitencia, así en el concepto moral como en el social, eran de todo punto extraordinarios. Pocos períodos históricos pueden ofrecer tan raros ejemplos de la conversión de ciudades y provincias enteras, como la época del Renacimiento (1). El pueblo veneraba muchas veces como santos á los predicadores de penitencia, y cuando habían terminado el sermón final, que solía acabar con las palabras de la

(1) Fuera de las obras que hemos citado vol. I, p. 149, not. 3, entre las que sobresale, como siempre, Burckhardt II<sup>o</sup>, 240 s., cf. también el estudio de Barzellotti, 55 s.

bendición: «la paz sea con vosotros», se celebraba generalmente una procesión solemne, en la que tomaba parte toda la población, y asimismo las autoridades. A veces todos los adultos, desde los magistrados hasta los miembros de las hermandades de artesanos, recibían al fin de la misión (como podemos llamar la acción de aquellos predicadores de penitencia) el sagrado Cuerpo del Señor (1). Cuando entonces el predicador se marchaba de la ciudad, el entusiasmo del pueblo por su espiritual bienhechor se manifestaba muchas veces por maneras conmovedoras (2).

Es digno de admiración, de qué manera altos y bajos, príncipes y papas, toleraban las reprensiones de aquellos predicadores de penitencia (3), y no es menos admirable la libertad de ánimo con que aquellos varones ponían ante los ojos de todas las clases y estados sus pecados y vicios.

Lo propio que los demás daños, los más graves y mejores predicadores lamentaban asimismo los abusos de sus cohermanos en la manera de anunciar la palabra de Dios (4). Ellos nos dan noticia de predicadores que llevaban demasiadamente al púlpito la erudición de las escuelas, se perdían en agudezas y cuestiones teológicas, ó se metían en profundidades excesivas para el gusto del pueblo. No faltaban tampoco predicadores que declamaban

(1) Cf. Cronache di Perugia, ed. Fabretti II, 34.

(2) Burckhardt II<sup>o</sup>, 240-242; cf. Torraca l. c. 143 s. y Cronache di Perugia, ed. Fabretti II, 68.

(3) Cf. nuestras indicaciones vol. I, p. 144 ss., como también Burckhardt II<sup>o</sup>, 244 y Güdemann 218, 259. El Papa más vehemente de todo este tiempo, Julio II, fué precisamente uno de los que favorecieron y alentaron con mayor celo á los predicadores francos é ingenuos en decir las verdades. Repetidas veces envió predicadores á diversos lugares; cf. Lib. brev. 25 f. f. 44': 1506 Dec. 20 Bonon. (ao. 4.<sup>o</sup>): fratri Martino Sennensi ord. de monte Carmelo. Orden de, in ecclesia Cruciferorum Venetorum verbum Dei et doctrinam evangelicam iuxta traditam tibi a Deo facultatem festis nativitatis et quadragesimae proximae futurae praedicare. Ibid. f. 117: 1507 Jan. 28 Bonon. (ao. 4.<sup>o</sup>): Timotheo de Medicis Lucensi ord. S. Francisci: este religioso es enviado á Sena para predicar la Cuaresma. Julio II estimaba en mucho que Egidio de Viterbo tuviese los sermones en Roma, como se saca del \*breve de 4 de Noviembre de 1505 á Egidio de Viterbo, que se halla copiado en el apéndice, n.<sup>o</sup> 87. *Archivo secreto pontificio*. En tiempo de Julio II, predicó también en Roma el agustino Mariano da Cavi. En una carta fechada en Roma, el 20 de Enero de 1508, el cardenal Gonzaga alaba la erudición y vida ejemplar de este varón, que antes había predicado con muy feliz éxito en Bolonia, Florencia y Nápoles. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(4) Cf. Rob. de Litio P. II, Serm. 8. V. también Mich. de Mediolano P. III, p. 50. Otras citas pueden verse en Güdemann 258.

en las iglesias la sabiduría pagana nuevamente descubierta, en discursos de abigarrados matices, con perjuicio de la sublimidad de las doctrinas del Cristianismo; substituyendo los pasajes de la Sagrada Escritura y de los Padres, hasta entonces únicamente usados, con alegaciones de los poetas y filósofos paganos, y hasta mezclaban la mitología gentílica con la dogmática cristiana (1). No era menos peligroso el proceder de algunos, que, en vez de enseñar al pueblo y edificarle, no buscaban sino la vana gloria, refiriendo en el púlpito todo género de fingidos milagros, anunciando en la sagrada cátedra nuevas y falsas profecías y fábulas insanas, exagerando los males presentes, pintando el vicio de una manera sumamente indecorosa, atacando sin miramiento á los dignatarios eclesiásticos y hasta al mismo Papa, presentando la Iglesia como totalmente corrompida, y anunciando, con la alegación de mentirosas señales ó imaginadas revelaciones, espantosos castigos inminentes, como la destrucción de Roma, la disolución de la Iglesia, la venida del Anticristo; y hablaban más de política y de otras cosas mundanas, que de lo único que era necesario (2).

Muchos de éstos, tanto buenos como malos aspectos de la predicación de entonces, se concentraron en su más alto grado en un hombre que por algún tiempo llenó con su celebridad toda la Italia, es á saber: **Jerónimo Savonarola**, nacido el 21 de Septiembre de 1452. Un sermón de penitencia de cierto fraile agustino, fué lo que produjo en aquel hombre de talento, hijo de una antigua familia de Ferrara, la resolución de entrar en la orden de los Dominicos, sin previo conocimiento de sus padres. Savo-

(1) Más tarde los teatinos procuraron oponerse á este abuso: v. Tüb. Theol. Quartalschrift 1859, 12 s.

(2) Cf. Antoninus, Summa theol. P. III, tit. 18, c. 4 y más abajo los decretos del concilio de Letrán. Antes de éste, es indudable que era defectuosa la inspección y censura, aunque en general, se tenía cuidado de no dejar subir á la sagrada cátedra sino sólo á los monjes ó clérigos, que por lo menos hubiesen recibido las órdenes menores. Pero como observa Burckhardt, I<sup>o</sup>, 243, «tampoco aquí se podía fijar un límite preciso, pues por largo tiempo la Iglesia, y por tanto también el púlpito, eran reclamados para diversos fines de publicidad, como actos judiciales, publicaciones, lecciones, etc., y muchas veces se dejaba hablar á los humanistas y legos, aun para pronunciar verdaderos discursos.» Sobre el proceso contra un predicador de Milán en el año 1492, cf. Ghinzoni en el Arch. st. lomb. XIII, 42 ss. Por desgracia, los hechos enunciados en los documentos que aquí se citan, no son bastante precisos y categóricos, para poder determinar la culpa real del predicador.

narola había oído casualmente aquel sermón en un viaje á Faenza, en el año de 1474, y al siguiente era ya novicio en el convento de dominicos de Bolonia. Los padres del nuevo fraile hallaron entre sus papeles un escrito «Sobre el menosprecio del mundo». El fogoso joven trazaba allí una espantosa imagen de las costumbres de sus contemporáneos; y en edad en que todavía podía conocer muy poco el mundo, parece no haber ya tenido ojos para ver el bien, que todavía se hallaba en abundancia. Sólo ve lo malo, en tan alto grado que le trae á la memoria á Sodoma y Gomorra. El primer año de su vida religiosa compuso Savonarola su poema «Sobre la decadencia de la Iglesia», en el cual asimismo se describen solamente los lados sombríos de las circunstancias de la época. La Iglesia se presenta allí como una casta virgen, porque en ella permanece siempre inmaculada la fe. A la pregunta de Savonarola: «¿Dónde están los maestros, dónde la ciencia, la caridad cristiana y la pureza de los antiguos?»; la doncella le toma de la mano, y le dice: «Cuando yo vi cuán soberbia ambición había penetrado en Roma y manchádolo todo, me retiré y me encerré en este lugar, donde ahora paso la vida en la tristeza.» Después le muestra las terribles heridas que le han inferido la malicia y las pasiones humanas. Lleno de dolor, excita Savonarola á los santos y á los mártires á llorar. «¡Manchado está el templo y el edificio casto!» A su pregunta: «¿Quién tiene la culpa de esto?», responde la Iglesia: «La soberbia, la concupiscencia de los ojos y de la carne». «¿No podría yo, pues, poner coto á tan grande maldad?», exclama Savonarola. «Tú, llora y calla» le contesta la Iglesia, «pues esto me parece lo mejor» (1).

En la oración y los ejercicios de penitencia buscó el joven dominico consuelo contra el tormento que le producía la vista de la depravación religiosa y moral. En Bolonia había dirigido Savonarola la instrucción de los novicios; en el año de 1481 ó 1482 enviáronle sus superiores como predicador á Florencia, centro y foco del Renacimiento (2). La profunda corrupción moral que se ofreció á los ojos de Savonarola en la residencia de Lorenzo el Magnífico, la extendida inmoralidad, la duda y las sátiras de los

(1) Poesie di Fra G. Savonarola ed. Guasti 10-15.

(2) No es enteramente cierto el tiempo de la primera venida de Savonarola á Florencia; Gherardi 369 ss., se decide por 1482, Villari I, 73 por 1481.

florentinos, llenaron á aquel varón austero de profundo dolor, y se resolvió á emplear todos los medios para oponerse á aquella corrupción. Pero sus primeros sermones en la iglesia de San Lorenzo no obtuvieron casi ninguna resonancia. Las maneras y estilo del predicador forastero, parecieron á los florentinos incultos y rudos; su acento lombardo áspero, su expresión dura y poco escogida, y sus gestos exagerados y violentos. Más principalmente echaban de menos en aquellos discursos religiosos las citas acostumbradas de los poetas y filósofos. Su orador predilecto era Fra Mariano, favorecido de los Médici, en cuyos sermones las amplias naves de la iglesia de S. Spirito apenas podían contener la muchedumbre de los oyentes. Angelo Poliziano pondera en Fra Mariano la sonoridad de la voz, lo escogido de la dicción, el arte en la construcción de la frase y la armonía de las cadencias. «Jamás he conocido, continúa él mismo, un hombre á la vez más avasallador y circunspecto. Ni repele con excesiva severidad, ni engaña ó seduce con exagerada indulgencia. Algunos predicadores creen tener dominio sobre la vida y la muerte de los hombres, y abusando de su poder, miran con sombríos ojos y fatigan por el continuo tono censorio. Por el contrario, Fra Mariano es el hombre de la moderación. Severo censor en el púlpito, luego que baja de él se explaya en amigables y atractivos discursos» (1). La frialdad de los florentinos no arredró á Savonarola, antes bien le inflamó todavía más para emprender sin miramientos la lucha contra los vicios; pero al propio tiempo llenóse su fantasía de escenas del Antiguo y Nuevo Testamento, y las imágenes de los antiguos Profetas y del Apocalipsis cobraron nueva vida á sus ojos. Un día creyó haber tenido una visión y oído la voz de Dios que le encargaba anunciar al pueblo las calamidades que amenazaban á la Iglesia. Pronto la creencia de su divina misión se convirtió para él en certidumbre; «y una vez entrado en el círculo mágico de las contemplaciones y ensueños visionarios, jamás volvió á salir de él hasta que se vió preso» (2).

Fué completamente conforme con los deseos de Savonarola el haberle enviado sus superiores, para los sermones de Cuaresma de 1484 y 1485, á San Gimignano, ciudad montañesa del distrito de Sena; allí se atrevió por primera vez á formular su programa

(1) Reumont, Lorenzo II, 390.

(2) Schwab en el Bonner Literaturblatt IV, 898.

profético en las tres sentencias que se hicieron célebres: «La Iglesia será castigada — y luego renovada, — y esto acaecerá pronto.» En Brescia expuso en 1486 el Apocalipsis, amenazó con la ira de Dios y excitó á general penitencia; y la resonancia que tuvieron estas predicaciones restituyó á Savonarola la confianza en sí mismo, que casi había llegado á perder en Florencia. «Estoy más decidido que nunca, escribía á su madre á 25 de Enero de 1489, á consagrar el alma y el cuerpo, y todo el saber que Dios me ha concedido, por amor de Él y para salud del prójimo, y como no puedo hacer eso en mi país, por eso quiero hacerlo fuera de él. Exhortad á todos á que vivan honestamente; hoy me marcho á Génova». Todavía aquel mismo año regresó á Florencia (1) y el 1.º de Agosto de 1490 subió al púlpito de San Marcos, para explicar el Apocalipsis y obtuvo un éxito decisivo. La mudanza que se realizó en su favor fué tan repentina como grandiosa. Por efecto de la inmensa concurrencia que acudía á sus sermones, se le cedió, en la Cuaresma de 1491, el púlpito de la catedral. Horas enteras aguardaba aquella muchedumbre de millares de personas la aparición del hombrecillo de pálido rostro, la frente surcada de arrugas, pronunciada nariz aguileña y ojos fogosos de espiritual penetración (2). A los florentinos todo les

(1) Villari, I, 88-91.

(2) Además de las finas gemas de Giovanni delle Corniole, el retrato que más ciertamente reproduce las facciones del gran predicador, es el que pintó Bartolomeo della Porta, cuya copia (no el original, como Wolmann, II, 602 y casi todos los modernos indican; pues se ignora su paradero) está expuesto actualmente en el convento de S. Marcos. Cf. Rubieri, Il ritratto di Fra Girolamo. Firenze, 1855, y Frantz, Fra Bartolomeo 94 ss., donde hay también portmenores sobre otros retratos y medallas. El dominico Fra Benedetto, en su poema épico «Los cedros del Líbano», publicado por Marchese, pinta así el exterior de Savonarola:

Fué pequeño de cuerpo, pero sano,  
Sus miembros delicados, hasta el punto  
Que su sagrada mano relucía;  
Afable siempre, perturbado nunca;  
Su mirar vivo, hermoso y penetrante,  
Sus ojos bajos, gratamente negros,  
Negro el cabello, espesa era su barba,  
Su boca fina, su semblante oblongo,  
Y algo encorvada la nariz tenía.

Gregorovius, Wanderjahre I, 283-284. Sobre dos medallas de Savonarola y Domenico da Pescia, pertenecientes al Museo de Viena, v. Rivist. ital. di numismatica 1892. Sobre el medallón de arcilla pintada del Museo de Berlín, v. Bode en el Jahrb. d. preuss. Kunstsamml. 1887.

parecía nuevo en Fra Girolamo: la personalidad del predicador, como la materia y fondo de sus discursos; y cuando con el sublime lenguaje de las imágenes del Antiguo Testamento, cuyo espíritu le poseía, derramaba irresistiblemente sobre los auditorios el torrente de su palabra poderosa, se habría podido creer en realidad que había resucitado de nuevo uno de los antiguos Profetas de Israel, para conducir al pueblo á la penitencia anunciando los amenazadores juicios de Dios (1). «Introdujo como una nueva manera de predicar, escribe el cronista florentino Cerretani; pues, á semejanza de los Apóstoles, no hacía divisiones ni proponía interrogaciones, y desdeñaba todo el ornato retórico. Limitábase á declarar algún pasaje del Antiguo Testamento, teniendo ante los ojos como único fin el restablecimiento de la sencillez de la antigua Iglesia (2). El que este predicador subiera de continuo en la estima de los florentinos, era tanto más de maravillar, por cuanto decía á aquel pueblo de tan especiales dotes artísticas las cosas más amargas, sin miramiento alguno, y frecuentemente con exageración, declarando su belleza por vana liviandad, reprendiendo la inmoralidad de las pinturas y flagelando con duras palabras toda la vida de Florencia, á pesar de su ingeniosidad y agudeza, como sensual y viciosa (3). La forma y manera como predicaba Savonarola hacía que los oyentes recibieran todo esto, y aun con frecuencia reconocieran su culpa prorrumpiendo en lágrimas. En los sermones escritos se tropieza repetidas veces con la observación del escritor: «Aquí me saltaron las lágrimas y no pude seguir adelante.» La lectura de estos apuntes nunca puede, naturalmente, reemplazar por completo la viva voz; pero «aun las mismas palabras escritas llevan en sí aquella conmovedora expresión que, por su originalidad y simplicidad, pueden comunicar casi como la palabra hablada» (4). Sus atrevidas imágenes arrebatában la viva imaginación de la muchedumbre, su «profunda emoción», sus terribles amenazas de inminentes castigos, obraban con una fuerza irresistible sobre el fácilmente impresionable pueblo. Inútilmente procuró Lorenzo de' Médici, en su conato de atraer á sí todo lo notable,

(1) Perrens, Savonarola 79. Cf. Klaczko. Jules II, 340 ss. Ya Simón Filipepi compara á Savonarola con «los antiguos profetas, apóstoles y mártires». Villari-Casanova 476.

(2) Villari I, 151, n. 2.

(3) Weiss IV, 231.

(4) Frantz, Sixtus IV, 76.

ganarse al predicador que tan grande influencia había alcanzado. Por más que Savonarola irritó temerariamente á aquel hombre poderoso, omitiendo la visita acostumbrada, después de su elección para prior del convento de San Marcos edificado de nuevo por los Médici; el prudente Lorenzo se abstuvo de molestarle, y se hubo, ante su pública, desmesurada y violenta contradicción, como un perfecto estadista y hombre de mundo. Por muy gravemente que se viera provocado, no se dejó arrastrar á ningún paso extraordinario ó imprudente, antes bien recibió con aristocrática tolerancia las injurias y ofensas del apasionado predicador (1). Y todavía más: cuando Lorenzo sintió llegarse su última hora, hizo que fuera á verle el terrible censor de las costumbres (2). Si Savonarola hubiese tenido moderación, hubiera podido ser incalculable su influjo sobre aquel magnate que, á pesar de toda su liviandad, no era en manera alguna refractario á las consideraciones religiosas. Pero su espíritu impetuoso le arrebataba, y su conato hacia el fin, que tenía ante los ojos, de llevar á cabo una profunda reforma de todas las cosas, le hizo olvidar los límites prescritos por la previsión y la prudencia.

El influjo y la independencia de Savonarola aumentaron grandemente por haber Alejandro VI concedido que la Congregación toscana de su Orden se separara de la provincia de Lombardía. Entonces se introdujo en San Marcos una severa reforma. El mismo Savonarola daba á todos un vivo ejemplo de las máximas que les inculcaba. Sus vestidos eran siempre de la tela más basta, su cama la más dura, su celda la más pequeña y pobre (3).

(1) Reumont, Lorenzo, II, 396.

(2) Sobre la célebre controversia, si Savonarola puso realmente por condición en aquella coyuntura á la absolución que le pedía Lorenzo, que restituyera la libertad de Florencia, y recibió de él una respuesta negativa, cf. Villari, I, 182-186 y Arch. st. ital., 5. Serie I, 201 s. Parece que Villari no conoció, ni el estudio publicado por Schwab en el Bonner Literaturblatt, IV, 899, ni la obra de Frantz, Fra Bartolomeo, 75 s. Sobre todo este asunto, cf. también las observaciones de Pellegrini en el Giorn. st. d. Lett. ital., X, 246 s., quien nota con razón, que Villari se fia demasiado del Pseudo-Burlamacchi. V. también Rev. hist., XXXVIII, 168; Armstrong en la Engl. Hist. Review, IV, 448 s., y Hartwig en la Hist. Zeitschr., LXIV, 181, 188 s.

(3) Villari, I, 179. Perrens, 110 s. Para ir á las celdas de Savonarola, se pasa por un oratorio, en cuya pared exterior hay la inscripción siguiente:

Leo X. P. M. die Epi || ph. MDXVI hoc || ora<sup>m</sup> ingr<sup>m</sup> X annos ||  
et X quadr. fribus || totiens visitanti || bus concessit.

Este oratorio del convento nada tiene que ver propiamente con Savonarola, y